

ENSAYO

Rousseau, el paseante solitario: cuatro notas

Aníbal Lares

Universidad Pedagógica Experimental Libertador

Instituto Pedagógico de Maturín

alarez80@hotmail.com

La ciencia se extiende, la fe se extingue

J.J. Rousseau

Todos nos hemos convertidos en doctores, y hemos dejado de ser cristianos

J.J. Rousseau

Primera Nota: Mucho se ha escrito -casi siempre lo mismo- sobre este pensador llamado Juan Jacobo Rousseau. Considerado como un pensador paradójico, ambivalente, nuestro paseante solitario representa quizás la primera voz crítica contra la filosofía racionalista instaurada por el denominado siglo de las luces. En efecto, el pensamiento de este paseante se configura como un contrapeso a la filosofía enciclopedista, que a juicio de Rousseau, ha venido a socavar las verdades más sagradas para el hombre: las que provienen de la fe, la virtud, en suma, del corazón.

Para este paseante solitario, las verdades proclamadas por el racionalismo ilustrado, progreso, certeza, racionalidad, son verdades vacuas, fútiles; y a los filósofos enciclopedistas que propagan esta filosofía, los califica de declamadores que con sus ideas enferman y encadenan al ser humano a unas instituciones y a una cultura que lo degradan, oprimen y reprimen sus sentimientos, sus creencias, en fin, su naturaleza humana.

En su batalla contra los enciclopedistas, Rousseau introduce la ambivalencia como un modo de pensar: frente a la idea de razón y conocimiento propugnada por los racionalistas, este paseante solitario asume la defensa del sentimiento y las creencias; a la idea de cultura opone la idea de naturaleza; la fe y la virtud a la del conocimiento; el pueblo llano a la burguesía y, sobre todo, lo salvaje a lo civil, la aldea a la ciudad. En su crítica, Rousseau concibe el pensamiento racionalista ilustrado como un pensamiento que viniendo desde fuera de lo que es propio de la naturaleza humana, doméstica y somete al hombre, se pone contra el hombre, lo violenta, lo anula. Por tanto, el pensamiento ilustrado de los enciclopedistas es un pensamiento negativo, contranatura, que asume la defensa de la sociedad y se aleja del individuo; no hay que olvidar que para Rousseau, la sociedad es antinómica al individuo. La primera representa la disciplina, el sometimiento, el control; la segunda, encarna la libertad, el libre albedrío, lo natural. Con estos argumentos, Rousseau se convierte en la primera reacción que desde dentro de las entrañas del siglo de las luces, previene, según él, de los peligros y frustraciones que el racionalismo ha de instaurar en el nuevo régimen social, la sociedad capitalista. ¿Un paseante solitario antiilustrado, un pensador no racionalista?

Segunda nota: La condición social y cultural, según nuestro ginebrino, se encuentra en una abierta confrontación con lo que denomina el orden natural del hombre. ¿Qué entiende por condición social o razón social, y qué pretende sugerirnos con su idea de razón natural? ¿Acaso esta razón social, la sociedad, sus instituciones, su cultura, su ciencia, distorsionan y pervierten la razón natural del hombre? Claramente se advierte que para el pensador ginebrino la sociedad y el individuo se encuentran en una permanente tensión o en una oposición irreconciliable. ¿Qué noción de naturaleza humana nos transmite Rousseau? Para este pensador, la sociedad no es la instancia ideal para la formación humana (hoy diríamos formación de la subjetividad humana); por el contrario, la sociedad, entendida como razón social, atenta contra la naturaleza humana, es impropia para encauzar (educarlo) al individuo dentro del mundo social y sus instituciones. En su visión, esta razón social enferma al género humano, lo deforma, lo aparta de una naturaleza que Dios, como el gran Autor, el constructor del género humano, le ha dotado de bondad y cosas buenas. Según Rousseau, el hombre nace libre, bueno pero, al entrar en contacto con la razón social, comienza a encadenarse, a deformarse, hasta convertirse en un ser violentado y domesticado por esta razón: lo que el Autor (Dios) hace bueno, los hombres (las instituciones, la cultura) lo transforman en algo malo. Lo que proviene desde el exterior degrada y enferma la naturaleza humana: la deforma.

La razón natural que despliega Rousseau es una razón que habla del hombre natural, del buen salvaje, de un hombre cuyas necesidades naturales se han de conocer para así poder correctamente formular las leyes -también naturales- que se correspon-

dan con dicha naturaleza. Las “leyes sociales” imponen una “verdad” que desconoce y violenta lo que naturalmente es propio del hombre. En esta idea de sujeto formulada por Rousseau, el individuo es un individuo que nace sano -buen salvaje, naturaleza humana- pero una vez que entra en relación con los poderes exteriores, enferma, y su enfermedad tiene un nombre: las Instituciones sociales, la sociedad, la cultura.

Esta escisión proclamada por Rousseau, el individuo enfrentado a la sociedad, ha sido objeto de cuestionamientos por quienes han estudiado el pensamiento político y educativo de nuestro pensador ginebrino. El principal cuestionamiento que durante más de doscientos años se ha formulado a la visión “inocente” y “adánica” postulada por Rousseau sobre la educación, es que ésta se convierte en una educación natural o, si se prefiere, psicológica, individualista, no social; es decir, según la crítica formulada a los planteamientos educativos de Rousseau, que se sistematizan en la noción de educación natural, el infante ha de ser educado tal como es, sin alterar lo que ya preexiste en su naturaleza humana. Nuestro paseante solitario abre el camino como precursor de lo que posteriormente se ha denominado como psicologización de la educación. Para educar, la cultura, la sociedad y su aparato institucional no han de constituir el referente fundamental de la educación, porque reiteradamente Rousseau insiste que esta razón social no es la sustancia del individuo, mucho menos de su educación. Y ya sabemos porque Rousseau sostiene esta idea: porque la razón social es la enfermedad del individuo, el hombre se ha hecho malo, perverso, ha perdido las cosas buenas que el Autor le ha concedido por culpa de esa enfermedad que tiene nombre: la sociedad y su racionalismo. Por ello, la educación natural tiene como finalidad, apartar al individuo de ese accidente llamado sociedad. En su mirada, la educación no es un proceso social destinado a transmitir y socializar dentro de los parámetros concebidos por la razón social; por el contrario, educar es un proceso interindividual (hoy se hablaría de proceso psicológico) cuya propósito estriba en liberar, extraer, hacer salir, lo que ya preexiste en el individuo. En esta perspectiva, la educación deviene en un acto mediante el cual nuestro sujeto, el niño, por ejemplo, ha de actualizar y sacar a flote lo que contiene desde su nacimiento. De allí que podamos sostener que la idea de educación que se hereda con Rousseau, diluye la función de la sociedad como agente educativo, restringe el acto educativo a lo que es posible desde el individuo, y compromete la idea de educación como proceso de transformación y modificación histórica de la condición de sujeto. Educar no es más que dejar salir el proyecto preexistente en el individuo. Lo que somos estaría prescrito en nuestra naturaleza humana, por lo tanto, la educación se entiende como un proceso sin historia que se instituye a partir del conjunto de predisposiciones de cada hombre, de cada niño. Casi puede uno atreverse a pensar que Rousseau inaugura una filosofía educativa basada en la autoayuda, en el autodesarrollo, en el aprendizaje individual. Más aún, en esta idea de educación sin historia, se vislumbran algunos aspectos que dieron lugar al desplazamiento de la enseñanza por la de aprendizaje. Dado que el proyecto de vida está contenido en cada hombre, nadie enseña nada, y la función del maestro estaría limitada a ser facilitador, ayudar a sacar lo que cada uno ya tiene como proyecto de anticipación. No hay transformación como idea educativa, por el contrario, somos, en términos educativos, la sucesión de nosotros mismos, la continuidad de lo que ya está contemplado en la naturaleza humana (Comte, con su espíritu positivo, invierte el pensamiento del paseante solitario).

Tercera nota: Generalmente se lee y piensa el *Emilio o sobre la educación*, como una obra de filosofía educativa en la que su autor plasma una teoría educativa que proporciona orientaciones, finalidades y métodos a la educación, en este caso, la educación natural. Pero, esta filosofía educativa no puede concebirse por fuera de lo que Rousseau elabora como distinción entre la razón natural y la razón social. En efecto, suele entenderse el EMILIO como una obra educativa que sienta las bases para la construcción de una teoría de la infancia, pero esta obra es más que una teoría educativa; es decir, en el Emilio encontramos esbozados los elementos que configuran una teoría de la sociedad con su respectiva teoría educativa. Este “ciudadano” ginebrino que hace suya la idea de libertad inventada por el siglo de las luces esboza una idea de educación que por lo menos presenta los siguientes rasgos:

a) El niño encarna la naturaleza; el adulto es la razón social. Dado que esta razón enajena y encadena lo que ya es una predisposición natural en el niño, ambos han de estar separados. Esta escisión niño-adulto conlleva a que el primero sea pensado como un actor asilado en relación con todo lo que proviene desde el exterior. El niño, para Rousseau, es la sustancia, mientras que lo social es el accidente. ¿Por qué dejar que el accidente vulnere y violenta la sustancia? En este punto nos encontramos con una teoría sobre el niño desprovista de contexto, sin historia. ¿Una teoría educativa metafísica?

b) La libertad está referida a los individuos, mientras que el control -no hay que olvidar que el siglo de las luces inventa la libertad pero también crea el control, las disciplinas- proviene de la razón social. Por tanto, el control es lo negativo, es el poder que se ejerce sobre la libertad individual para frenarla, confiscarla, degradarla. Claramente Rousseau asocia al control al propio conocimiento, es decir, Rousseau ve en la racionalidad instaurada por el siglo de las luces la gran enfermedad de la sociedad. En lugar de proporcionar felicidad, la razón hace infeliz al hombre, lo torna inseguro, lo llena de frustraciones, lo hace dudar de sí mismo, degrada su amor propio.

c) Con respecto a la educación, nuestro pensador distingue en su Emilio una idea de educación negativa que contrapone a la idea de educación positiva. La primera es aquella que proviene desde fuera, es decir, desde el exterior, y que viene a prescribir en la naturaleza humana aquella que es propio de la razón social, esto es, las ciencias, las técnicas, la cultura, las leyes sociales, contraponiéndose a la educación positiva que consiste en una “operación” psicológica de hacer emerger lo que ya está predisposto en el niño. Educación positiva sería, en su perspectiva, activar lo que nuestro sujeto -el niño- contiene de manera natural. (Pienso que la tradición educativa tiene en Rousseau y Comte los dos grandes paradigmas de la educación: la educación como operación de liberación o como operación de adaptación, individuo-sociedad, sujeto-objeto, ética del placer-ética del trabajo).

Pues bien, he aquí en el Emilio asuntos que dibujan una teoría educativa que se desplaza desde el rechazo al autoritarismo

social causante de las enfermedades humanas y socavan el corazón, hasta instaurar un pensamiento en y sobre la educación fundado en métodos activos, es decir, métodos para extraer -operación de producción- lo que ya está anticipado por la naturaleza humana. Claramente Rousseau separa la naturaleza humana de la condición humana, que es el resultado de la acción ejercida por la sociedad sobre el individuo. Rousseau, con su educación activa y natural, instituye lo que durante más de doscientos años ha sido englobado bajo el término de pedagogía invisible que conlleva a que el maestro se aparte del niño o se haga invisible, dejarlo a sus anchas para que empiece su autoeducación, la operación de liberación de sus potencialidades naturales. El educador solo ha de estar allí para impedir que la razón social no enferme o encadene al niño. ¿Operación de anulación de la historicidad del hecho educativo? ¿Desaparición de la noción de compromiso valorativo y ético de este hecho? ¿Para quién trabaja esta concepción educativa de nuestro paseante solitario? ¿Salvar al infante de qué?

Cuarta nota: Preferentemente *El Emilio* ha sido leído y analizado como un texto pedagógico que proporciona una teoría educativa que a su vez ofrece una teoría de la infancia. Teoría educativa para la infancia. Pero, con *El Emilio* aprendemos -conservando algunas diferencias sustantivas- a leer la educación no solo en términos pedagógicos, sino también éticos. Para decirlo contundentemente, en el Emilio la educación es ética y la ética es educación. Y en este sentido la ética no es pensada en clave moral, es decir, de deberes y normas, es entendida como una antropología de la fragilidad humana. Para Rousseau el ser humano -el infante- es un ser vulnerable, frágil. Es un ser desvalido, desnudo, que aún no logra liberar -por ello hay que educarlo- sus potencialidades naturales. El poder natural de este hombre es débil cuando se le compara al poder que las instituciones ejercen contra él. Y debido a esta naturaleza vulnerable del ser humano, hay que salvarlo dotándolo de fuerzas que le enseñen a ser hombre. A este hombre, según Rousseau, hay que enseñarle a vivir, hacerlo inmune a los poderes exteriores autoritarios. Y esta es una postura ética: tengo que educarlo para hacerlo fuerte. Esta fragilidad la expresa nuestro pensador cuando escribe:

“Nacemos débiles, necesitamos fuerzas; nacemos desprovistos de todo, necesitamos asistencia; nacemos estúpidos, necesitamos juicio” (Rousseau, 1969, pág. 36).

¿Fragilidad humana en el siglo de las luces, que instituye la fuerza de la razón y el progreso? ¿Qué fragilidad enuncia Rousseau? ¿Acaso la ética de Rousseau consiste en proteger y dar afecto al ser humano que concibe desde una antropología de la fragilidad? ¿Salvar al niño significa dotarlo de fuerzas que lo hagan inmune al poder exterior encarnado en la sociedad? Por supuesto, si la educación consiste en dar protección al otro, en la afectación que ha de ejercerse sobre el otro, la educación éticamente fundada consistiría en admitir que el ser humano es finito, inconcluso, contingente, sensible, y con este planteamiento, Rousseau estaría introduciendo un elemento crítico en la filosofía del siglo de las luces, dado que pone en interrogante la idea de racionalidad, progreso y certeza de este siglo: creo que para Rousseau, el siglo de las luces es el siglo de las ambivalencias, de las paradojas. El ser humano, éticamente pensado, no siempre transita para adquirir la perfectibilidad, el ser humano de Rousseau no es un ser que alcanza la perfección, es un ser de exposición, contingente. En este sentido, la educación de este hombre frágil, vulnerable, pasa por formar el corazón del niño: esta formación del corazón, por supuesto, es una paradoja en el siglo de las luces, que es el siglo del cultivo de la razón, de la ciencia y la técnica, o de la separación de la razón del sentimiento.

Mediante esta educación sentimental, Rousseau introduce una idea liberal de la ética, dado que para él es fundamental formar al niño en la idea del amor propio, aun cuando habla del amor por el otro. Y aquí surge un problema ético crucial en el pensamiento de nuestro autor, porque si bien admitimos la dimensión ética de su pensamiento educativo, para Rousseau ética significa tener piedad. Piedad, en su reflexión, implica formar un pensamiento para la bondad, la humanidad, la misericordia. La formación de la piedad impide el surgimiento de pasiones negativas tales como la maldad, el odio, etc., que provienen desde afuera. No obstante, esto hay que leerlo con cuidado, porque piedad -para nuestro paseante solitario- no es estar al lado del otro, acompañarlo, estar a la altura de su fragilidad, sino compadecerlo más no sentirlo, comprenderlo pero no vivirlo, el sufrimiento del otro. Por el contrario, piedad en Rousseau, es estar frente al otro, no inclinarse ante el otro; en sus palabras: “Para compadecer el mal de otro, hay que conocerlo sin duda, pero no hay que sentirlo” (Ob. Cit., pág. 39). ¿Pasar de largo ante el mal, ante el que sufre? Parece que en esta ética de la piedad, solo siento el dolor propio, mi propio sufrimiento. Lo del otro no tiene por qué afectarme, puedo compadecerlo, no vivirlo ni sentirlo. Piedad ¿sentir lastima por lo otro?

La figura del piadoso -para Rousseau- es una figura inmune que no se deja estremecer por el sufrimiento ajeno; el piadoso posee poder.-el de conceder la misericordia al otro, el de apiadarse- y lo ejerce frente al otro, no se coloca a su lado, sino frente a él. Se siente que está por encima de los otros, y en el ejercicio de su poder, es posible que la ética que se pone en juego es una ética de la indiferencia, que ya no es ética. La mirada piadosa retiene su poder, impone su voluntad y enajena la voluntad de quien es objeto de la mirada piadosa. Este se torna sumiso, obediente, en espera de la misericordia que el poderoso podría concederle. El que da la misericordia, el perdón, la gracia, es visto como un héroe, sin importar que en aquello que concede, borra al que sufre, minimizado y reducido a una existencia precaria.

Referencia bibliográfica

ROUSSEAU, J.J. (1969). *Emilio o la educación*. Editorial Porrúa. México.

(1970). *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Editorial Península. Barcelona-España.